



Por Alejandro Larrubiera. ILUSTRACIONES DE ROJAS

I

Fou-chi era un guapo chino, ó un chino guapo, como á ustedes mejor les parezca. Tenía la frente grande; la nariz de la forma y tamaño de un cachuet; los ojos pequeñitos y rasgados; la cara gordiflona y cuadrada; las orejas como dos orejones; el pelo negro; su personalidad podía competir en curvas con la del fraile más rollizo.

Las jóvenes chinas le encontraban adorable y más de una suspiró melancólica, sin reparar en que se trataba de un mendigo que recorría las calles de la sin par Pekin ensordeciendo el espacio con el despacible son de un tan-tan monstruo.

Fou-chi atraía por modo tan ruidoso la atención de sus conciudadanos y, moviéndoles á piedad, recolectaba un puñado de condorines. (1)

Fou-chi, aunque vestía una túnica de algodón color azul turquí llena de remiendos y corcusidos, se atrevió á poner sus ojos pecadores en Ti-cu, la

Y por si algo le faltaba á la Venus amarilla, su señor papá era uno de los que componían el Kyun-Ki-ton ó Consejo privado del Emperador, es decir, figuraba á la cabeza de las dignidades del reino, ítem poseía más taelos (2) que flores produce China durante la primavera.

Pero hay que hacer justicia á Fou-chi: ni las grandezas ni el caudal de Fa-fa, fueron parte á que suspirase por la hermosa Ti-cu.

Nuestro mendigo no se parecía en nada á sus compatriotas: era un chino sentimental enamorado de Ti-cu como Romeo de Julieta, como Diego de Isabel, románticamente, sin idea alguna bastarda.

Un hijo de Confucio con tal de adquirir dinero, no se para en barras ni tiene escrúpulos de conciencia; el oro es un ídolo ante el cual todo sucumbe y con el cual todo se alcanza; el que es rico en China, como en todas partes, puede ponerse el mundo por montera. Fou-chi no pensaba de este

modo: alma noble y sencilla, sentíase feliz destrozando el timpano de sus conciudadanos con su maldito tan-tan, medio económico de agenciarse el «arroz nuestro de cada día.»

Lo repetimos: Fou-chi resultaba el chino menos chino del Celeste Imperio: no era ni ambicioso ni solapado, ni egoísta, como lo son la generalidad de sus compatriotas.

La dicha huyó del lado de Fou-chi el día en que sus ojos de rata vieron á la hija de Fa-fa. Encendióse en su pecho la hoguera de un amor... ¡Ibamos á decir volcánico, pero ¡se ha abusado tanto de la palabreja!... Ello es que desde tan infausto día, Fou-chi reparó con trágica desesperación en el infortunio mayúsculo con que el Cielo le favorecía. ¡Como si el ser pobre no fuera una de las mayores desdichas que puede sufrir cualquier mortal!... En el colmo de su aflicción, Fou-chi tiróse rabiosamente de la coleta. Pero advirtió, después de lanzar un grito de dolor, que con esto no lograba otra cosa que arrancarse unos cuantos pelos. Decidió guardar en lo más recóndito del pecho el afán amo-

roso que turbaba su alegría. Y ya que no pudiera acercarse á Ti-cu, se consolaba viéndola. Era el único consuelo que podía proporcionarse.



hija de Fa-fa, un Kalao, ó para que ustedes mejor lo entiendan, un mandarín de primera clase.

¡Ah! Ti-cu era una preciosidad, un encanto: sus pies y sus manos parecían embustes; su pelo, negro como la mora madura, contrastaba á maravilla con el color de oro de su finísimo cutis; lo diminuto de sus ojos y narices completaban su belleza.

¿Qué hijo del Celeste Imperio permanecería impasible al contemplar tamañas perfecciones?

Ninguno.

(1) Moneda de cobre.

(2) El tael vale aproximadamente siete pesetas.

Como la más delicada, tierna y sugestiva melodía resonaba en los oídos de Ti-cu el desapareible redoble del *tan-tan* de Fou-chi.

Sin darse cuenta exacta de lo que le ocurría, la joven adoraba al mendigo.

Ti-cu era también, como habrán adivinado mis lectores, un alma romántica y sentimental.

Impaciente, aguardaba el paso del lindo músico, y con toda discreción asomábase á una de las ventanas de su palacete.

Su mano microscópica aprisionaba unos cuantos condorines que arrojaba á Fou-chi. El cual le diri-

El viejo volvió pronto en sí, dirigió en torno suyo una mirada de sorpresa y al verse en brazos del mendigo, murmuró con voz desfallecida:

— ¡Que Kouan-Inn (1) te colme de mercedes, hijo mío!

Fou-chi, tras una grave reverencia, replicó:

— Levántate, padre; apóyate en mi brazo y te conduciré donde me ordenes.

— Acepto tu generosa oferta. Vámonos á mi casa.

Fou-chi colocóse el *tan-tan* á la espalda, dió el brazo al viejo sacerdote y le acompañó, como le había ofrecido, hasta su vivienda: una casuca miserable construída con tabloncillos de madera, villanamente pintarrajeados de azul cobalto.

El solícito Fou-chi creyó oportuno despedirse de Xi-xha, el bonzo, pero éste suplicó:

— Entra y descansa; tal vez pueda corresponder á tu caridad.

Fou-chi, curioso y esperanzoso, entró seguido del bonzo en una estancia de regulares proporciones; tirados por el suelo y arrumbados á la pared, había montones de libros; una mesita y un taburete de laca componían el mobiliario.

Un buho diseado pendiente del techo mostraba sus ojos de espanto á la luz opaca que entraba cerniéndose por un papel amarillo que hacía en la única ventana de la habitación el oficio de cristal.

Sentóse el bonzo sobre unos libreros, cerca de la mesita, é invitó á Fou-chi tomara posesión del taburete.

— No se necesita, hijo mío, gran penetración para comprender que los dioses no se han mostrado contigo pródigos - dijo Xi-xha con voz débil y perezosa. — Aunque soy más pobre que las ratas, tengo un gran caudal de Ciencia que pongo á tu disposición... No en balde mis ojos se han quemado con la lectura de las obras de Confucio, Tssema-Thsien, Fou-hi, Lao-Tsen, Sun-tsen, Kong-Tsen y otros ilustres filósofos, naturalistas é historiográficos...

Suspiró el anciano y prosiguió:

Quiero pagarte espléndidamente la deuda de gratitud que acabo de contraer contigo; en tu frente ancha y despejada y en tus ojos vivaces, adivino una inteligencia pronta á destellar su luz si alguien se toma el trabajo de cultivarla... ¿Quieres que te prepare para que te examines de Letrado? .. ¿Deseas que te inicie en los secretos de nuestra Religión para ingresar en el colegio de los Bonzos?...

— Padre - interrumpió conmovido Fou-chi, - agradezco tu generosa oferta, pero no puedo aceptarla: lo que me propones llegaría á consumir la mejor parte de mi juventud, sin resultado alguno positivo... Prefiero recorrer las calles con mi *tan-tan*... Ya que no pueda ser lo que yo ansio, gozaré de libertad y no torturaré mi cerebro con estudios hacia los que no siento ninguna inclinación.

— ¿Y cuál es tu ansia y qué es lo que pretendes?... - preguntó el bonzo, un tanto sorprendido de la réplica de su huésped.

— Lo que anhelo es una locura, un imposible - indicó con voz trémula el mendigo, - y tú, padre, jamás podrás realizar este sueño mío que tan desdichado me hace... Figúrate que el pobre que pide limosna quiere cambiar su desarrapada túnica de algodón azul por una de seda morada que traiga en su pecho y espalda bordado el dragón imperial: que

(1) Diosa de la Misericordia.



gía una mirada que era un poema de amor y de desesperación.

En las mejillas de Ti-cu acentuábase el color amarillo; sus ojos chispeaban; un hondo suspiro llegaba hasta el trovador callejero.

Un idilio, aunque chino, conmovedor.

Y además, para que fuese más sugestivo, ignorado; porque si el papá de la linda doncella advierte tales sentimentalismos habría hecho una atrocidad: el respetable mandarín era un ilustre bárbaro, con perdón sea dicho.

Así sea cosas, una tarde en que discurría Fou-chi por uno de los arrabales de la monumental Pekin, «á solas con sus ilusiones», reparó en un viejo bonzo ó sacerdote, alto, escuálido, mal trajado, que andaba penosamente apoyándose en un bastón de madera rematado por un dragoncillo.

De pronto, el pobre viejo hizo alto en su camino, tendió los brazos como si implorase auxilio y cayó cuan largo era en el arroyo.

Fou-chi corrió solícito á auxiliar al anciano.

Con su túnica, á guisa de abanico, empezó á airearle el rostro.

desea convertir su sombrero de anexas alas en un birrete del que cuelgue una gran bola de oro...

—¿Quieres ser mandarín y miembro del Gran Consejo!—exclamó Xi-xha, estupefacto.—La ambición te ciega, pobrecito.

Dulcificó lo más que pudo la voz y continuó:

—¿Y por qué y para qué subir tan alto?... ¿Por qué la hormiga quiere, como el águila, cernerse en las nubes?...

—Porque en las nubes, padre, he puesto mi vida. Voy a confiarte mi gran secreto... Aconsejame después de oírme según tu prudente sabiduría, y guarda en tu conciencia mi confesión.

Fou-chi hizo una pausa corta que Xi-xha aprovechó para dirigir una mirada indefinible al buho que pendía del techo.

—¿Conoces a Fa-fa?

—Sí, es uno de los hombres más poderosos de la China. Se sienta todas las lunas a la mesa del Hijo del Cielo. (1)

—Bueno, pues yo, el último y el más miserable de la nación, estoy enamorado de Tieu, su hija.

El bonzo, al oír tan inesperada afirmación, quedó estupefacto contemplando al joven, el cual, con la cabeza caída al pecho, mirábase a los desnudos pies como avergonzado.

Xi-xha no pronunció palabra alguna: aquel silencio embarazoso obligó a Fou-chi a alzar la vista y mirar a su interlocutor; éste permanecía como extático, con los ojos fijos en aquella inmóvil ave de mal agüero.

Respetó el éxtasis del bonzo. Acaso rumiaba en su magín alguna idea portentosa...

—Seguramente —masculló el viejo, como si hablara consigo propio,— que este muchacho no sabe leer...

—Sí, padre; leo y escribo—rectificó con viveza Fou-chi, sorprendido de tan extraña reflexión.

—Pero, ¿tú no leerás la *Kin-Pao*? (2)

—Jamás la he leído.

—Lo sospechaba... En ese periódico se anuncia... el medio de que puedes valerte para ser, después del Hijo del Cielo, el prójimo más rico e influyente del Imperio Chino.

Fou-chi movió incrédulamente la cabeza. Xi-xha se chanceaba.

—Me explicaré... Chin-Thsing, nuestro padre y amigo, el Emperador, Hermano del Sol y de la Luna, padece una enfermedad extraordinaria que le trae siempre inquieto y malhumorado.

Los médicos, los sabios y los sacerdotes no atinan la causa de que el Hijo del Cielo amanezca a diario con la cara más verde que los juncos que crecen a orillas del Pei-ho.

Público es que Chin-Thsing tiene un genio atrabiliario, impropio de un Hermano del Sol. Ni los del Noe-Ko, gabinete ministerial, ni los de su Consejo privado, ni su augusta esposa, ni sus excelsos vástagos, ni sus concubinas, ni la alta servidumbre

de palacio, nadie, en fin, de los que le rodean, están seguros de acabar el día con la cabeza sobre los hombros: sin causa ni razón, manda empalar al súbdito más fiel y cariñoso; por capricho, sin duda para distraer su melancolía, regala una monumental sarta de palos al más respetable de los mandarines. A veces, se pasa horas y horas tirado en el suelo con gran escándalo y menosprecio de su celestial dignidad, gipando sombríamente, como si algún espíritu maligno le mordiese en las entrañas... ¿Y sabes tú a qué obedecen tan sorprendentes manifestaciones?

—Lo ignoro, padre—replicó el joven con sencillez.

—Yo no. En la Chou-King, ó sea en la Historia del Imperio escrita por el gran Confucio, padre y maestro de la sabiduría, se profetiza el caso: Uno de los Emperadores de la Dinastía de los Tai-Thsing padecerá de una triste enfermedad: la del aburrimiento, y hará la desdicha de sus súbditos.



La *Kin-Pao* da cuenta de la dolencia imperial y ofrece al que la cure tantos honores y taelés como se le antojen.

—Pero para eso—advirtió desconsolado Fou-chi—se necesita ser médico y...

Xi-xha, al oír tal reflexión, rióse como podría reírse un conejo y replicó:

—No es preciso; lo que importa es encontrar el remedio. Yo lo he encontrado.

—¿Tú?—preguntó admirado Fou-chi, mientras que en sus ojillos brillaba la esperanza.

—Sí, yo, y no es extraño, porque conozco lo valiosas que son ciertas plantas ignoradas para restablecer la salud del cuerpo. Pensaba remitirle graciosamente al Emperador el remedio, porque yo para nada quiero honores ni riquezas que son casi siempre motivo de pesadumbre para la conciencia... Mis necesidades son tan cortas que me alimento con los mismos granos de arroz que un pájaro.

(Continuará)

(1) Emperador.

(2) Periódico que equivale en China a nuestra «Gaceta oficial».



(Conclusión)

El bonzo, mientras decía esto, levantóse trabajosamente de encima de los libros y dirigiéndose á la mesita, sacó de uno de sus cajoncitos una microscópica caja de madera.

Mostrósele á Fou-chi y, sonriéndose, masculló:

—Aquí dentro, hijo mío, se encuentra la salud del Emperador, y la realización de tus locas ambiciones... Contiene esta cajita unas píldoras de tal eficacia para desterrar el tedio, que el hombre más melancólico y huraño se torna con ellas en el más expansivo y alegre de los nacidos... Toma.

Xi-xha entregó la cajita á Fou-chi, que la recibió trémulo, con lágrimas de emoción.

—¿Cómo pagarte, padre?—suplicó con voz alterada.

—Con gratitud, que es la moneda que más escasea—contestó sentenciosamente el anciano.

Y prosiguió:

—Voy á escribirte una carta de presentación para el Jefe de la Tsing-Kinn-yug (1) que es amigo mío.

El bonzo sentóse en el taburete, requirió un gran trozo de papel parecido á una lámina de marfil y humedeciendo en un bote de tinta un pincel, trazó con éste varios signos en la amarillenta hoja.

Acabada la escritura, entregó la carta á Fou-chi, diciéndole:

—Ve á palacio y que los dioses te protejan.

III

Ilusiones de oro y de amor poblaban la mente del joven chino al salir de casa del bonzo.

Por vez primera recorría las calles de Pekin con más altiva prosopopeya que un favorito del Emperador.

Sus sueños iban á trocarse en hermosas realidades: Ti-cu sería suya. Al pensar en esto hacíasele á Fou-chi la boca agua y apresuraba el paso para llegar cuanto antes á la residencia imperial.

Llegó, por fin, sudoroso y jadeante; presentó á los guardias la carta de que era portador para su Jefe, y éste, ya descifrado lo que le escribía su amigo Xi-xha, salió á recibir al joven y, sonriéndole, como sonríe siempre un palaciego que barrunta un nuevo astro en la corte, condújole al guardarropa de palacio y le hizo vestir con una flamante túnica de seda azul. Mientras le hacían el tocado á Fou-chi, dirigióse el Jefe de la guardia á las habitaciones regias, en donde sostuvo un animado diálogo con el Hijo del Cielo á propósito de lo que pretendía el recomendado de Xi-xha.

—Condúcele á mi presencia—ordenó el soberano.

Fou-chi, tembloroso por la emoción más honda

que experimentó en su vida, encontrábase en plena corte, delante del luminoso Hijo del Cielo, de su hija Fhe-ting y de varios mandarines, entre los que se veía el papá de su adorada Ti-cu.

El magnífico y esplendente Hermano de las Estrellas, hallábase, en el punto y hora en que le vio Fou-chi, tumbado euan largo era sobre el pavimento de maderas olorosas de su camarín colgado de terciopelo rojo con bordados de oro.

Fou-chi, aleccionado por su guía, acercóse después de hacer tres monumentales reverencias á Chin-Tsing.

Este gruñía propiamente como un cochinillo hambriento.

—Señor—tartamudeó,—perdona si interrumpo tu celestial reposo, pero soy un enviado de los dioses que quieren que por mi mediación recobres tu preciosísima salud... Aunque te cause un gran sacrificio el escuchar al último de tus siervos, escucha ¡oh, Hermano de la Luna!...

Levantóse el Emperador y fijando sus ojos tristes en Fou-chi, que temblaba como la hoja en el árbol, murmuró:

—Si tu ciencia me libra de la fastidiosa y desconocida enfermedad que padezco, he de levantarte en todas las ciudades un arco de triunfo; pero si no restableces mi salud, te mando apalear hasta que mueras como un perro rabioso... El Jefe de mi guardia me ha explicado lo pertinente á mi curación... ¡Fa-fa!—llamó el soberano dirigiéndose al padre de Ti-cu.

—Señor...

—Tú que eres tan sombrío y melancólico como yo, tómame una de las píldoras que trae este hombre... Quiero ver en tí el efecto que producen.

Fa-fa púsose lívido y temblón: era uno de los próximos más aprensivos y recelosos del Imperio; creyó llegada su última hora y, balbuceando no sé qué de «veneno», tragóse con cara de llanto una de las píldoras que le ofreció Fou-chi; el cual, no menos intranquilo y confuso que el *anima vili* de su experimento, pedía protección á todos los dioses para que la medicina produjese el resultado que le pronosticó Xi-xha.

El espectador silencio que reinaba en el camarín del Emperador, fué roto por una carcajada ruidosísima.

Fa-fa, con grave riesgo de su mandarinesca prosopopeya, reía y bailaba y aun se atrevía á hundir sus dedos pecadores en la panza del Hijo del Cielo, que, contagiado por la alegría de su consejero, reía de bonísima gana, lo mismo que cuantos presenciaban el repentino gozo del ilustre Fa-fa.

Fou-chi suspiró satisfecho: Xi-xha no le había engañado.

Su Majestad China tomóse una píldora.

(1) Guardia Imperial encargada de velar por el soberano.

Por orden del Emperador, el felicísimo Fou-chi fué alojado en uno de los pabellones próximos al que ocupaba el Hijo del Cielo.

Ningún mortal más dichoso que el mendigo.

La loca fortuna habíale convertido en pocas horas en el hombre más importante de China.

Todo cuanto quisiera podría alcanzarlo: Fa-fa daríase por muy satisfecho con que Fou-chi le honrase comprándole a su hija, porque los matrimonios chinos vienen a ser tan sólo negocios de compra-venta.

Inquieto, que lo mismo la alegría que el dolor engendran desasosiegos, Fou-chi pasó la noche tra-

rradora solemnidad. Así llegó á presencia de Chin-thsing.

Al verle, recobró nuestro hombre su tranquilidad.

Con la más amable de las sonrisas, el Emperador fué al encuentro de Fou-chi y, tendiéndole los brazos al cuello, le dijo:

—Te debo la noche más feliz y el despertar más risueño de mi vida... Todo lo veo de color de rosa, y hoy aún no se me ha ocurrido distraer el humor empalando á nadie... ¡Siéntate!

Hízolo así Fou-chi.

—Quiero demostrarte mi agradecimiento como tu no puedes sospechar por muy ambicioso que seas. Desde hoy te llamaré mi Kin-chi Pac-ic. (1)



zando para el porvenir los planes más deliciosos.

Veíase primer ministro, esposo de Ti-cu, dueño del mejor palacio de los miles que componen la parte aris-

toerática de Pekin... Rendido por tantas emociones, quedóse dormido como un bienaventurado.

Su sueño fué bruscamente interrumpido por dos guardias del Emperador que le gritaban:

—De orden del Padre, levántate y siguenos.

Azorado, despertó Fou-chi y sintió helársele la sangre en las venas al ver ante sí aquellas cataratas.

Aterrorizado pensó que tal vez no había hecho efecto la pildora que se tomó Su Majestad y que venían en su busca para propinarle una paliza, atravesarle con flechas las orejas ó decapitarle como á un borrego.

Temblándole las piernas, y con lágrimas en los ojos siguió á los guardias, que, sumamente discretos, acompañaban á Fou-chi con silenciosa y at-

Fou-chi, anonadado, hizo una monstruosa reverencia que puso en grave riesgo la estabilidad de su persona.

—Fhe-ting, mi hija—prosiguió el soberano,— me ha pedido te haga su esposo: se ha enamorado de tí y yo accedo gustoso á que vistas de rojo como corresponde á los príncipes de mi familia.

Fou-chi, lleno de espanto, quedóse con la boca y los ojos muy abiertos, contemplando á su esplendoroso interlocutor.

¡No! ¡Mil veces no! El no quería gozar de tanto honor: le alejaban de Ti-cu, de su ídolo.

Y sin ella, no quería el pobre chino nada... Preferiría—¡habráse visto mayor romántico!—volver á pordioscar por las calles con el tan-tan colgado de los hombros.

Sonrióse el Emperador y le dijo:

—Desde hoy te sentarás á mi mesa... Vuelve á tu pabellón y que te vistan como corresponde á quien dispense tan excelsa magnanimidad.

Fou-chi tartamudeó unas cuantas palabras, como

(1) En vulgar romance, «Ramas de oro y hojas preciosas». Así designa el Emperador á sus parientes.

Dijo el bonzo y salió de la estancia á paso lento: en sus ojillos resplandecía una sutil é irónica mirada.

Fou-chi vió cómo se alejaba Xi-xha, y una inmensa gratitud nubló sus ojos de llanto.

La historia china sentimental acaba como concluyen siempre las historias honradas.

Fou-chi realizó la gran ilusión de su alma casándose con Ti-cu...

ALEJANDRO LARRUBIERA

Dibujos de Rojas



SONETOS

El poeta y el hombre

Cuando Dios hizo el mundo, su paleta de átomos de oro, pedrería y rosas, mojado en mil esencias olorosas, lleno de inspiración, creó el poeta.

Luego exclamó contento: «Zapateta! La verdad, que he inventado lindas cosas, pero esta es una de las más hermosas!» y guardó en el bolsillo la receta.

Más la receta aquella tiró un día, y cogiéndola el diablo, testarudo parodiar quiso á Dios con ansia impía.

Del rabo hizo un pincel mal como pudo, pisó carbón, mezclólo con legía... ¡y el producto fué yo de aquel engrudo!

Quiero ser gallo

¡Cuánto envidio tu suerte, oh noble gallo, el de agudo espolón y altiva cresta; pues me entusiasma tu figura apuesta y algo de grande en tus instintos hallo!

Despótico sultán, todo vasallo ríndete culto, admiración te presta, ¡y hasta dá la gallina más honesta con su virtud al traste, en tu serrallo!

¡Oh, Señor, que mis ansias adivinas, permíte que te pida un disparate:

aunque al fin de una vida sin espinas me guisen con arroz ó con tomate, conviérte á las mujeres en gallinas... y haz luego un gallo de este pobre vate!!

La ley del mundo

Ved cómo la virtud se falsifica; de talento disfrázase la audacia; en el genio la envidia su hambre sacia y al inútil y al torpe dignifica.

Ante el oro arrodíllase y claudica la humanidad embrutecida y lacia, que otorga á Barrabás su injusta gracia y al Cristo redentor lo crucifica.

Razas de esclavos, con el alma inerte; un látigo poned en vuestro escudo, al yugo uncios y esperad la muerte.

Pueblo impotente, póstrate ya mudo; ¡que no hay otro derecho que el del fuerte! ¡y es la suprema ley, la del embudo!

El cerdo y el hombre

Si sólo esperas al finar tu vida que se ceban en tí bichos insanos, y la tumba no encierra otros arcanos que un montón de materia corrompida, será el ser cerdo tu ilusión querida; porque si el hombre es plato de gusanos, al cerdo se lo comen los humanos, que es honra al cabo más apetecida.

Del que se muere los despojos echa al polvo el hombre vivo con desprecio; del cerdo, en cambio, todo lo aprovecha.

Más digno es, pues, de elogios y de aprecio un cerdo vivo ó muerto en cualquier fecha, ¡que un hombre muerto ó vivo... si es un necio!

E. LABARTA